



Una cuestión de buenos negocios en la vida de Juan

Mario Víctor Vázquez Ceballos.

Químico, doctor en Ciencias Químicas. Profesor y divulgador científico del Instituto de Química, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Antioquia.

Con la humeante taza en su mano, Juan se acercó al gran ventanal luego de que algo le llamó la atención. Con sorpresa al principio, y con diversión luego, observó a su particular vecino, don José, moverse frenéticamente alrededor de una pila de hojas y hierbas recién cortadas de su jardín, las cuales, alentadas por el viento de norte, se negaban a permanecer en su sitio.

Teniendo cuidado de no ser observado, Juan sonreía mientras veía la lucha del hombre contra los caprichos del viento. Luego de un momento decidió apiadarse de don José y salió al jardín.

—Pare de sufrir, querido vecino, que aquí llegó la solución a sus problemas, digamos... eólicos —dijo Juan, divertido—. Aquí le traje la solución.

Juan se acercó a la pila de vegetal con un papel y unos fósforos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó alarmado don José.

—Aplicar la solución para que usted deje de correr detrás de estas hojas. Les





prendemos fuego y verás como en un momento el problema está solucionado.

—Ni se te ocurra —advirtió el vecino interponiéndose—. ¿Qué solución sería esa?

—Ay don José, no me diga que nunca lo hace: juntar las hojas que caen, prenderles fuego, sentir ese rico olor y de paso desaparecer el problema de la basura. No es muy complicado de entender.

Comprendiendo que debía darle una pequeña lección al pirómano vecino, don José invitó a Juan a que se sentara con él un momento en un banco de madera bajo la sombra del árbol responsable de las rebeldes hojas. Juan aceptó, pero antes fue a buscar más café para los dos.

—A ver mi amigo impulsivo, me decías recién que creías que prendiendo fuego a esto desaparecía la basura.

—Desaparece el problema —interrumpió Juan.

—El problema es tu ímpetu querido amigo. La «solución» que propones es la peor idea en este caso.

—Ah... ya sé, lo dice por cuestiones ambientales: que no hay que tirar humo, que si respiramos eso nos pasa tal cosa, etc. Seguro me dice que los olores ricos en realidad son cosas tóxicas; pero no me diga que no es romántico: las hojas marrones, el olor a hierba cortada, el humo blanco.

—Yo creo, Juan, que debieras replantearte tus fuentes de inspiración romántica. No solo es verdad lo que intuyes sobre la toxicidad del humo, sino que estaríamos haciendo un daño muy grande al suelo.

Juan se quedó meditando un momento pensando en la afirmación, sin comprenderlo del todo.

—Don José, creo que no me comprendió. Yo solo proponía quemar las hojas, esa hierba. No dije nada sobre hacerle algo al suelo.

—Eso es lo que tú crees. Por lo pronto, si quemáramos esas hojas vamos a calentar el suelo ¿verdad?

—Obvio, pero no me diga que vamos a fundir el suelo. ¿Qué daño le vamos a hacer? Además, usted ha visto que eso de quemar pasto es algo muy común aquí en nuestras montañas, algo bueno debe de tener entonces.

—Que muchos hagan lo que no deben no hace que eso sea bueno, mi querido amigo. Te sorprenderías las temperaturas que se pueden alcanzar en un incendio forestal, por ejemplo. Estamos hablando de 200 a 300 grados. Y si consideras troncos y ramas, en un incendio podrían alcanzarse temperaturas mucho más altas.

Las cifras sorprendieron a Juan, pero no terminaba de convencerse.

—No lo sabía, pero aun así, don José, estamos calentando «suelo». ¿Qué daños le haremos si eso ha estado ahí tanto tiempo?

—¿Y qué es el suelo para ti?

—Mmm... Suelo, eso; tierra, esto —dijo Juan, tomando un puñado en su mano.

—Te sorprendería saber todo lo que tienes en la mano.

—Sorpréndame.

—Bueno, ese suelo en tu mano está compuesto de gases, arcillas, microorganismos y, muy importante, materia orgánica.

—Sigo sin entender.

Don José invitó a que se acercaran a un costado del jardín, en donde había un costal con tierra negra, y allí continuó su clase.

—Cuando ves este color negro dices que es una buena tierra porque tiene materia orgánica, ¿verdad? Bueno, justamente si calientas mucho el suelo esto que tenemos en las manos se destruye, se descompone.

—¿Y eso es muy grave? —consultó, preocupado, Juan.

—Mucho. Porque para llegar a este punto se produjeron muchos procesos de degradación, con ayuda de temperatura, de humedad, de microorganismos, y eso tomó tiempo. Y en un instante el fuego lo destruiría. Entonces, ¿tú qué haces para tener aquellas begonias tan lindas en tu ventana?

Señaló unas hermosas plantas con flores, algunas rosas y otras amarillas. Juan contestó orgulloso:

—Sabía que lo iba a notar algún día. Ese es el fruto de mi cuidada atención, mucho amor...

—Y algo de fertilizante —interrumpió don José.

—Amor y fertilizante, exacto, periódicamente le pongo...

Juan se detuvo al observar la cara divertida de don José esperando que continuara con su explicación.

—¿Materia orgánica?

—Algo de nutrientes, materia orgánica, exactamente. Dime una cosa Juan, ¿tú ahorras?

Juan miró sorprendido a don José, no sabiendo qué decir ante la aparente desubicada pregunta.

—Y... sí... algo, en casa tengo un marranito casi lleno.

—¿Qué dirías si te propusiera que ahorres mucho dinero hasta que tu marranito esté completo y que luego lo rompas, que botes el dinero y que busques un uso para los pedazos de cerámica con la que está hecho el mismo?

—Diría que se enloqueció. ¿Qué clase de negocio sería ese? Nadie se tomaría el trabajo de ahorrar para luego botar el dinero.

—Suenan delirante ¿verdad? No sería un «negocio», efectivamente. Pues mira, algo parecido sucede aquí, con estos restos vegetales —dijo señalando la pila—. Ahora da un poco de trabajo, pero la voy a poner a compostar, es decir, a que se produzca ese proceso que te mencioné antes, luego de unos días... ¡Voilà! Tendré más materia orgánica para añadir a mi suelo.

Sorprendido, Juan agradeció la lección y caminó de regreso a su casa, con las tazas vacías. Antes de entrar a su vivienda, una duda no le dejaba tranquilo. Se devolvió y por encima de la cerca que le separaba de su vecino llamó su atención para hacerle una pregunta.

—¡Don José!, una pregunta. ¿Quiere decir entonces que la gente que provoca los incendios en las montañas no solo quita las malezas sino que también destruye la materia orgánica del suelo, pero para poder tener cultivos buenos posteriormente va a comprar materia orgánica para añadir a ese mismo suelo?

Don José no le contestó, pero con su mirada lo dijo todo. Él mismo había llegado a la respuesta buscada. Un mal negocio sin duda.

Aquella noche, mientras cenaba, Juan seguía reflexionando sobre la lección aprendida. En un momento cruzó su mirada con la de la alcancía que tenía en una repisa. Guiñándole el ojo le dijo:

—Tranquilo que no voy a hacer un mal negocio ni con las begonias ni contigo.

El casi lleno marranito pareció sonreírle.